

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 30 de Septiembre de 1897

Núm. 358

F. MESTRINI



Cantar de amor



Compuesta y sin novio

«Cuando case-
mos á Rosita...»

«Un punto esté
Rosita casada...»

«Así que Rosita
haya contraído es-
tado...»

Estas y otras frases análogas, expresando el mismo concepto, las oí pronunciar centenares, millones de veces, así á D. Roque Tallada como á su esposa doña Baltasara. Durante quince ó diez y seis años seguidos que pasé siendo vecino de tan apreciable familia y tratándola á diario, no creo que transcurriera una jornada entera sin que uno de los dos consortes hiciese alusión al casamiento de su único retoño, casamiento que pertenecía al orden puramente teórico, á la categoría de las ideas abstractas, sin ningún principio ni asomo de realización, pues si bien los señores de Tallada habían resuelto que su hija tenía que casarse, resolu-

ción que merecía la más completa adhesión por parte de la interesada, el caso es que faltaba para el cumplimiento del programa el elemento principal. Faltaba el pretendiente; faltaba el novio; faltaba el marido. Y como ese artículo no lo encuentran siempre á mano, ni las niñas deseosas de himeneo, ni los padres ansiosos de asegurar la felicidad de sus hijas, pasaban las semanas, pasaban los meses, pasaban los años y hasta los quinquenios, sin que entre tanto hombre como anda por este mundo, desprovisto de compañera legítima, hubiese uno sólo que le dijera á la muchacha: ¿se viene usted conmigo á dar una vuelta por la vicaría?

Sin embargo, ni don Roque, ni doña Baltasara parecían desconfiar del éxito final. Aguardábanlo con optimista serenidad, y en sus conversaciones siempre salía á relucir la inevitable frase:

«Cuando casemos á Rosita...»

«Un punto esté casada Rosita...»

«Así que Rosita haya contraído estado...»

Pronósticos que Rosita escuchaba con los ojos bajos, ruborosamente inclinados hacia el suelo, como si al cabo de tres lustros de escucharla á diario, la oyeran sus castos oídos por primera vez.

*
**

Rosita había ya cumplido los treinta y seis años, por más que no quería confesar, hasta en su fuero interno, que hubiese doblado el terrible cabo de los treinta. Discutiendo con matemática exactitud, que quien resta 10 de 36 se queda á 26 justos y cabales, si alguna indiscreta amiguita le dirigía alguna pregunta sobre tan delicado asunto, contestaba ella con plácida sonrisa:

— ¡Oh!... empiezo á ser vieja: figúrate que tengo veinticinco años y nueve meses...

Y de ahí no la hubiese apeado ni el mismo confesor con quien consultaba los escrúpulos de su conciencia. Sobre el particular tenía Rosita convicciones arraigadísimas.

Pero ¿por qué demonios no consiguiese casarse esa chica? — me preguntaba yo á veces. — Verdad que no tiene atractivos físicos, pero tampoco se la puede llamar fea. Si no fuera por aquellos ojitos de besugo que dan una expresión tan sosa á su semblante, casi podría pasar por agraciada... Salvo no tiene tampoco, es cierto, y su talento no es gran cosa... La dote tampoco; pero, en fin, son muchas las que en iguales ó peores condiciones se casan... bien ó mal. ¿Por qué no ha de casarse ella, sobre todo poniendo como pone tan buena voluntad por su parte?...

*
**

— ¿Sabe usted que casamos á Rosita?... Sí señor, es cosa hecha... Digo, á punto de hacer. Si no ocurre novedad el 10 del mes que viene, sábado de Pascua, les echarán las bendiciones. Inútil creo añadir que queda usted invitado.

Así me dijo una noche el bueno de don Roque con quien acababa de tropezar en medio de la calle. Y su rostro resplandecía de mal oculto júbilo, por más que se esforzaba en dar á sus palabras un acento de tranquilidad y hasta de afectada indiferencia como quien comunica la cosa más sencilla, más vulgar.

— ¡ Hombre!... me alegro... sea el parabién... Y, dígame ¿quién es él?...

— Pues, un excelente muchacho y muy buen partido. Guapo mozo además y chiflado, completamente chiflado por Rosita. Es representante de una gran casa de comercio noruega, y tiene un porvenir magnífico. Véngase usted una de estas noches por casa y se lo presentaré; estoy seguro de que le ha de ser á usted muy simpático. Se llama Herrera, Celestino Herrera, de Jaén, y establecido de unos meses á esta parte en Barcelona; ya verá usted qué distinguido es y qué campechano.

*
**

Al día siguiente de esa breve plática hube de ausentarme y como mi regreso no se efectuó hasta la misma tarde del sábado de Pascua, sólo tuve el tiempo necesario para quitarme el polvo del viaje, tomar un baño, ponerme de tiros largos y plantarme en la casa de don Roque, á la que llegué diez minutos antes de la hora oficial.

Los convidados, de veinticinco alfileres, graves, circunspectos, muy tiesos, sentados unos, en pie los otros, esperaban la salida de la novia, á quien estaban dando la última mano en su aposento virginal, la mamá, una tía, dos amigas y la criada. Don Roque iba de un grupo á otro, ofreciendo pitillos. Al verme, vínose hacia mí, me apretó calurosamente la mano, presentóme la petaca y preguntó:

— ¿Creo que no conoce usted todavía á mi yerno ?

— En efecto, no tengo ese gusto.

— Va á llegar dentro de un momento... Si no puede tardar... las siete están al caer.

Caían ya en acompasadas voces, cuando asomó no el novio, sino la novia envuelta en un albo atavío, flotante el vaporoso velo de desposada, crugiendo la cola del vestido de raso; graciosamente enjaezada la testa con la corona de azahar. Casi estaba bonita la muchacha... traía la mirada baja y no se veían sus ojitos de besugo, aquellos ojitos tan insustanciales que le daban un aire tonto.

Levantóse un murmullo de simpatía; las damas se acercaron para admirar á la protagonista, y durante diez minutos reinó en la sala un discreto barullo de plácemes, elogios y comentarios lisonjeros, ensalzando el buen gusto del tocado nupcial y la gentileza de Rosita. Luego todos los ojos se volvieron nuevamente hacia el reloj de sobremesa.

El novio no llegaba y don Roque no sabía qué hacer: si continuar sonriendo ó ponerse serio.

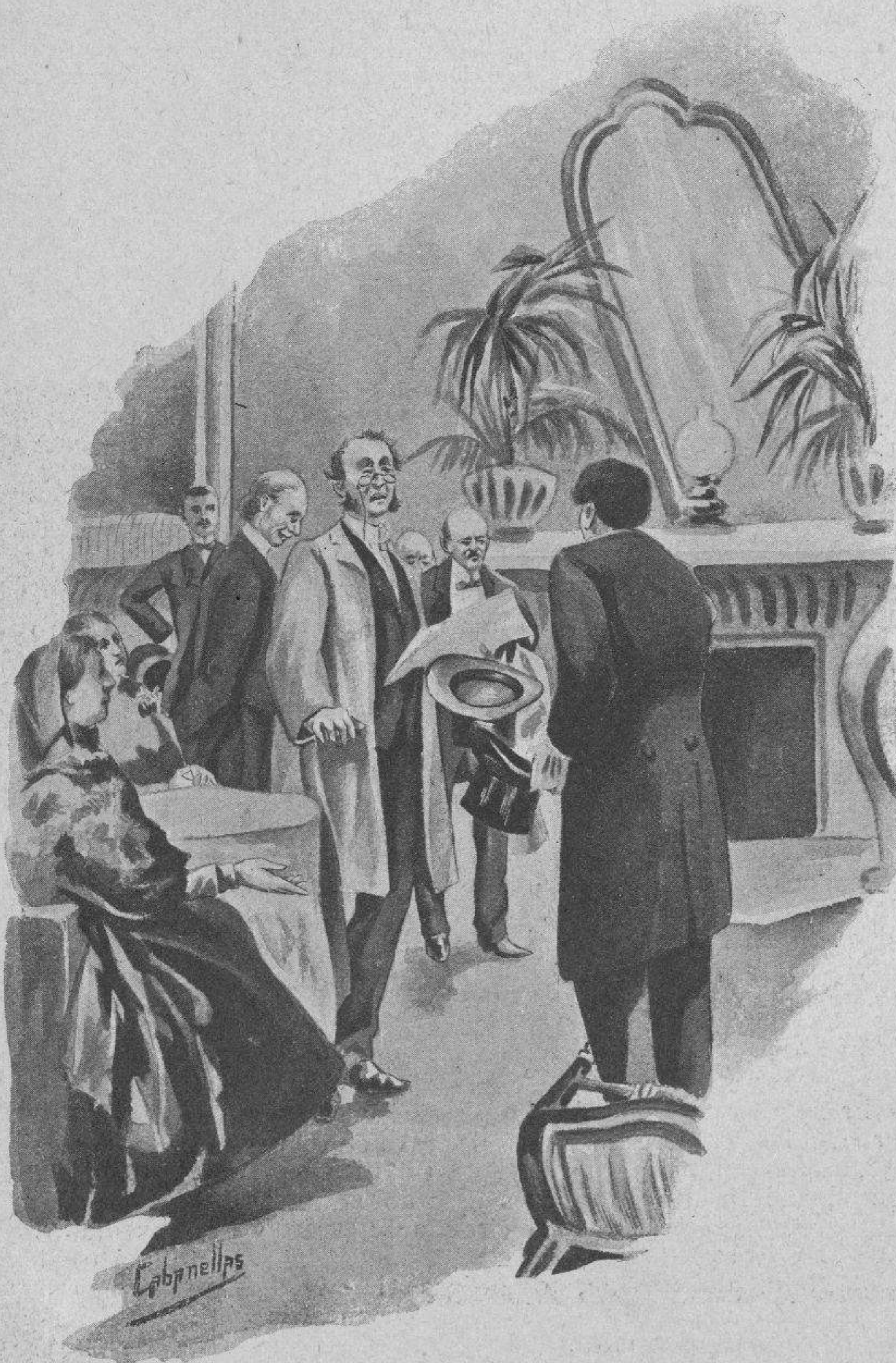
Cuando dieron las siete y media, un caballero gordo que debía actuar de testigo de la novia, observó que tal vez el novio estaría esperando en la iglesia. Un joven se disparó inmediatamente en dirección al templo y volvió luego sofocado, jadeante, anunciando

que en la sacristía no había nadie; nadie más que el cura párroco que estaba ya echando chispas por tan escandalosa espera.

Otro mensajero partió al punto para tomar informes en la casa de huéspedes que habitaba Celestino. Al regresar un cuarto de hora después, mustio y aplastado, comunicó al oído de don Roque una noticia que debía de ser excepcionalmente grave, puesto que el buen señor se tornó primero densamente pálido y luego atrocemente rojo. Quedóse un momento sin saber qué decir, ni qué hacer; tragó saliva, hizo un esfuerzo para sonreír y dijo:

— Señores: un... un incidente in... esperado nos obliga á suspender... á... retardar la ceremonia. Mi yerno... digo, el amigo Herrera ha tenido que... que ausentarse repentinamente para... por... por una compra importante de bacalaos. En seguida que vuelva pasaremos aviso para el casamiento.

Todos los circuns-



tantes se miraron atónitos, sin atreverse á formular un comentario, una interrogación. Luego uno tras otro, fueron desfilando, sin valor apenas para murmurar una frase de despedida. Y en el salón brillantemente iluminado quedaron solitos los dos consortes y la pobre Rosita hecha una estatua, inmóvil, envuelta en sus blancos hábitos nupciales, pintada en sus ojillos de besugo la expresión del embrutecimiento más completo. Al día siguiente se supo que Celestino se había embarcado con rumbo á Buenos Aires en compañía de una tiple cómica.

*
**

Han pasado cuatro años desde entonces y la heredera de los Tallada tiene, por lo tanto, sus cuarenta años bien cumplidos. Está flaquita, amarillenta, arrugadita; parece un limón de deshecho. Continúa exhibiéndose en todas partes, al lado de los papás, ansiosos éstos, atormentada ella, de casorio; pero siempre en vano.

Y don Roque y doña Baltasara, firmes en su dulce ilusión, repiten á cada momento el inevitable estribillo:

«Cuando casemos á Rosita...»

«Un punto esté casada Rosita...»

«Así que Rosita haya contraído estado...»

JUAN BUSCÓN.

Cantares

Tú te casarás con él,
porque, aunque necio, es muy rico;
pero tú con mis cantares
dormirás á tus chiquillos!

Con él te vieron mis ojos
¿y aun me dices que es mentira?
Tú no cuentas con la huéspedada,
es decir, con las pupilas.

C. DEL CORRAL.

WALTER FIRLE



Reflexiva

¡Oh, la moral!

Se acabó; ya no aguanto
contemplaciones.
No tolero que sigan
las relaciones.
Si he callado hasta ahora
fué por prudencia,
pero escucho los gritos
de mi conciencia.
Sí, señor, francamente,
me dan inquina
los manejos livianos
de Carolina.
¡Recibir á un amante
continuamente!
¿Háse visto conducta
más indecente?
¡Y el imbécil marido
de la cuitada,
como siempre sucede
no sabe nada!
Es preciso avisarle;
yo soy su amigo.

¡Como soy Pepe Labra
que se lo digo!
Que confunda á los viles
y que los mate,
y si nó es un gallina
y un botarate.
Carolina es un tipo
muy delicado,
que trastorna los sesos
al más pintado;
pero ese no es motivo,
porque la esposa
es más bella cien veces
si es virtuosa.
Además, ¿y la honra
que vale tanto?
¿Y la fe prometida?
¿Y el lazo santo?
Se me ocurre una idea
muy peregrina.
Voy á hablar del asunto
con Carolina.

La heriré de tal modo
que la convenza,
presentando á su vista
su desvergüenza.
Le diré que el malvado
vive sin calma,
y veré si consigo
tocarle el alma...
Y que vistos los pasos
por que ha seguido,
voy á hablar del asunto
con su marido.
La virtud de este modo
queda triunfante.
No está lejos su casa.
Voy al instante.

.....
¡Han pasado seis meses
y Pepe Labra
no le ha dicho al marido
ni una palabra!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE

De "Pilar de Aragón" (1)

.....
MANUEL. — No es cosa para contar;
sólo se puede sentir;
¡qué terrible aquel matar
y qué grande aquel morir
por la Patria y el Pilar!
El francés nos obligaba,
la metralla nos barría,
pero Zaragoza estaba
lo mismo que el primer día
y como un tigre luchaba.
La muralla se derrumba,
el descubierto se ensancha;
para el que muere no hay tumba;
la pólvora el rostro mancha;
la bomba enemiga zumba.
Devastación y ruina;
balazos y más balazos;
cuanto hiere y extermina,
y tirando cañonazos,
llena de gloria, Agustina.
Los batallones franceses
acometiendo con brío,
pero sufriendo reveses.
¡Y qué trincheras, Dios mío,
de pechos aragoneses!
Todo el mundo deseando
un sitio donde batirse,
su temple heroico probando,

y del mundo al despedirse
un ¡Viva España! gritando.
Del combate en el fragor
un acento se escuchaba
de infinito y santo amor:
la Virgen nos alentaba
y era inmenso nuestro ardor.
Y en medio del desconsuelo
que tanto el ánimo achica,
para calmar nuestro anhelo,
risueña la Pilarica
se vislumbraba en el cielo.
Fué por nuestra la victoria;
nosotros no nos rendimos;
miente de Francia la Historia;
de cómo aquí nos batimos
allá les queda memoria.
Que al entrar en esta tierra
sobre montones de muertos,
cuya vista les aterra,
vivos estaban más yertos
que los que la fosa encierra.
Y pudieron comprender
que en una lucha de muerte
sólo se puede vencer
cuando la sangre se vierte
y se extingue nuestro sér.

.....
P. SAÑUDO AUTRÁN.

(1) Drama estrenado con éxito el martes, día 28, en el teatro de Novedades.

REUTLINGER



Invocación

La tempestad

Aquel valle desolado donde el sol de Agosto, cayendo á plomo, había secado todas las plantas, fué años antes rincón encantado, donde la naturaleza agotara sus dones y sus galas. Aquellas laderas peladas que enseñaban el granito rojo de su osamenta como el cadáver de un reumático, sus huesos calcinados habían sido encanto de la vista y providencia de los infelices labradores que en el fondo del valle tenían sus pobres viviendas, destartadas y vacías.

Allí creció la hierba, robusta y vivaz, siempre fresca; allí los robles y los pinos levantaron sus copas, y entre la hierba y los gigantescos árboles, arbustos de todas castas y tamaños daban flores y frutos y prestaban albergue á pájaros y aves. Y en lo hondo, mil arroyos que de las montañas bajaban sus raudales, esparcían por donde quiera vida y abundancia. Medraban las gramíneas, se esplayaban las hortalizas, los árboles frutales circundaban campos y huertas, y los labradores que trabajaban con amor y provecho aquella tierra considerábanse felices porque casi nunca el castigo de la tempestad, esa cólera del cielo, caía sobre sus campos malogrando sus afanes. La codicia vil no había marcado todavía con su sello aquel terreno generoso.

Pero un día, nefasto entre todos, un hombre que mandaba como á borregos á muchos millares de sus semejantes, llegó por casualidad al valle. Contempló con estupor como elevaban hasta las nubes sus copas los pinos centenarios, evaluó las riquezas que en las laderas de las montañas habían acumulado el tiempo y las fuerzas productoras de la naturaleza y pensó que allí había una fortuna inmensa que podía recogerse sin otro trabajo que alargar la mano. El hombre era inteligente y por un momento pensó en la suerte futura de los hombres que vivían en el valle; pero sacudió los escrúpulos y creyó —engañándose voluntariamente á sí mismo— que en cambio de una prosperidad que iba á terminar podría ofrecer otra.

Al propio tiempo que edificaba un palacio en la cima de una colinita que está en la mitad del valle, dió orden para cortar todos los árboles de las montañas. El hacha de los leñadores despertó los dormidos ecos que gimieron con dolor profundo, reproduciendo los resuellos de cansancio de los obreros que cumplían la obra de destrucción, y durante mucho tiempo hubo en el valle inusitado movimiento. Gentes de la ciudad se establecieron en él gastando mucho dinero, y la abundancia fué mayor que nunca. Pero los flancos robustísimos de las montañas quedaban huérfanos de verdura, quedaba la tierra pelada, y su rojiza superficie cuando la hería el sol poniente, parecía tinta en sangre, en la sangre que derramaron tantas vidas cuando las cortó el hacha implacable.

El magnate, el hombre inteligente y sin conciencia, se enriqueció. Dónde creciera el bosque medraron las cepas, y junto al palacio se levantaron quintas de recreo, y durante unos años pareció haber aumentado la vitalidad de aquel rincón de tierra.

Pero los arroyos que bajaban de las cumbres menguaron su caudal; las viñas adquirieron dolencias mortales; murieron los árboles que rodeaban los campos; la lluvia sólo cayó á largos intervalos y cada vez que se abrieron las cataratas del cielo fué para asolar el valle, para arrancar de cuajo las cosechas. Después vinieron dos años de tremenda sequía y el trigo se agostó antes de granar, y los campos quedaron yermos y se agrietó la tierra mostrando sus entrañas exhaustas. El invierno rigoroso acabó la obra de destrucción. Las pocas plantas que vivían, murieron por las heladas implacables y el hambre empezó á cundir sin misericordia entre los habitantes del pueblo.

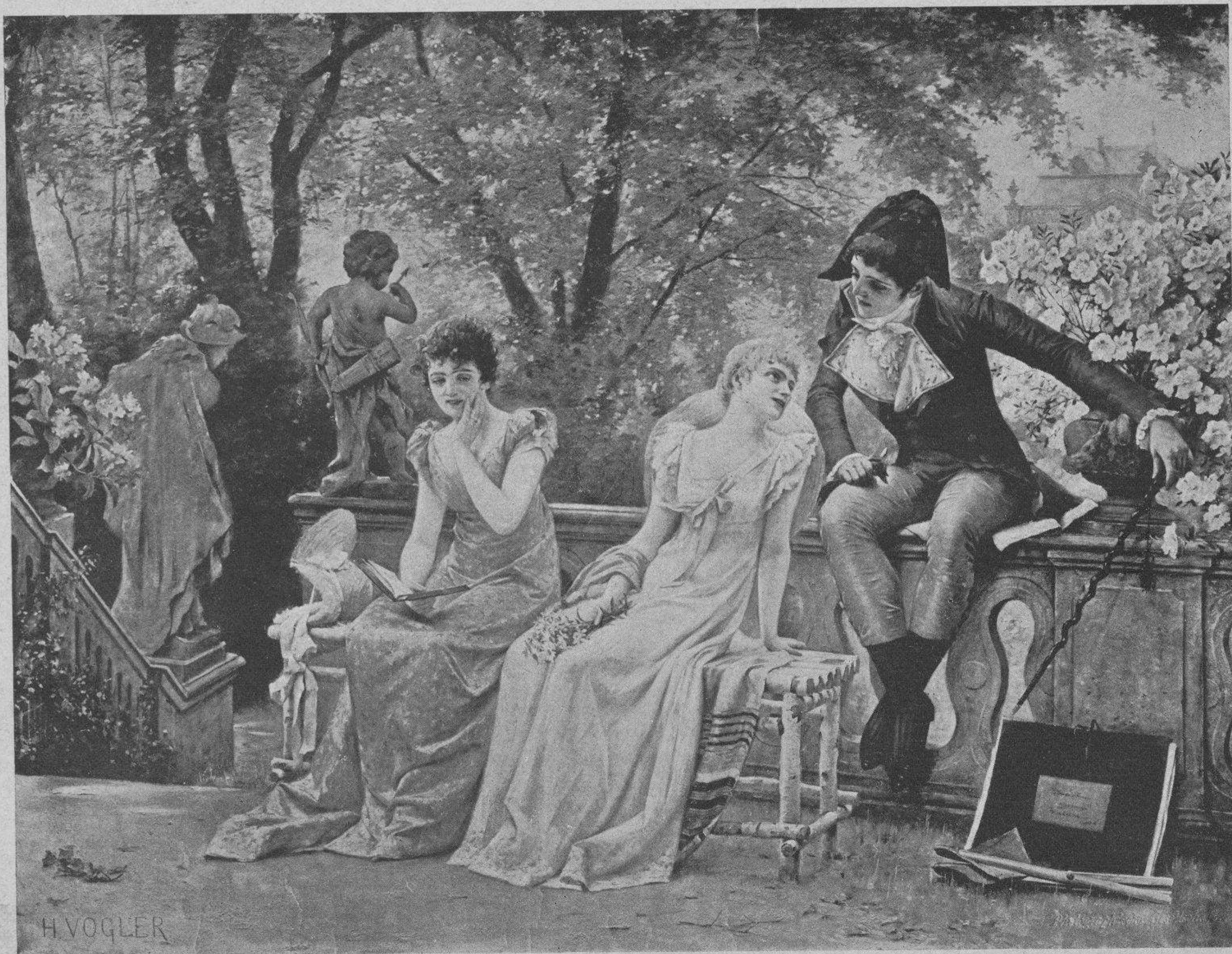
Cuando llegó el verano pareció que por un momento renacía la vida. En vano. La tierra, que se dilataba, no halló aire propio para nutrirse, ni agua para esponjarse, ni semillas que nutrir. El sol, fuente perenne de la vida que activa las combustiones, requemó las pocas hierbas que tuvieron el valor de brotar en aquel suelo ingrato; el cauce de los arroyos quedó seco para siempre, y aquel valle que veinte años atrás era fecundo, quedó muerto.

Los labradores miserables morían en la llanura como en la montaña habían muerto las plantas. El hambre y la miseria mataban, mataban sin descanso. Los rostros de los pocos que vivían tenían el color terroso de la tierra sin cultivo, y las manos que antes abrían surcos y echaban en ellos las semillas, tendíanse con gesto cansado hacia el viandante que atravesaba el valle.

¿Por qué en el palacio se nota inusitado movimiento, así como en las quintas se advierte también animación desusada? Es que el magnate quiere celebrar el aniversario de su fortuna en el punto mismo en qué tomó origen, y sus satélites y amigos acuden al valle para dar mayor lustre á la fiesta con su presencia.

Al obscurecer se iluminan todas las ventanas del edificio. Los criados acaban de dar la última mano al comedor y á la sala de baile. Relucen el cristal y los metales; la luz deslumbra al chocar contra las superficies blancas de los manteles y blondas de cortinajes,

H. VOGLER



y fulgura sobre espejos, y entre paños claros, baña las plantas exóticas que brotan de la negra tierra traída de los trópicos y son alimentadas con abonos costosos, y sobre la roja pesada alfombra se amortigua como sangre que se coagula, produciendo matices oscuros que estremecerían á quien pudiera leer en el libro del porvenir.

Los salones se poblaron de mujeres hermosas y de hombres sonrientes. Los brillantes, rubíes y esmeraldas centelleaban con indecible fulgor. El aire era pesado y sofocante; la noche oscura. Nubes bajas y muy espesas cubrían el firmamento. En el pueblo dormían los miserables, esperando la muerte. Amenazaba tempestad.

La orquesta preludió un baile. Los hombres ofrecieron el brazo á las mujeres, ciñeron después su cintura. Iban á dar la primera vuelta de valz, cuando una luz que eclipsó á todas las otras, brilló por todas partes. Un estampido horrisono pareció desquiciar las paredes, rasgar los aires, aniquilar la vida.

Y cuando la gente volvió en sí, las tinieblas solas reinaban en aquellas salas. La lluvia furiosa, empujada por un vendabal sin ejemplo, inundaba el suelo, azotaba los rostros, lo calaba todo. A la luz de los relámpagos pudo verse que la mitad de los convidados yacían en el suelo, carbonizados por el primer rayo.

Los otros no sabían dónde refugiarse. Otras y otras centellas cayeron y el palacio ardió. Las llamas acabaron lo que empezó el rayo, y al día siguiente, cuando los habitantes de la aldea subieron al caserón sólo hallaron ruinas. Una mujer hermosa, vestida de blanco, estaba junto al dintel de la puerta, caída, muerta, con los ojos abiertos por el mortal terror contemplando el alto cielo, ya sereno.

A. RIERA.

BARCELONA EN LA MANO



Calle de Balmes (vista tomada desde la de Pelayo)

Fot. A. Merti

POUS Y PALAU



Campesina

¡Frio!

—¡Qué frío hace!—dije al pasar por la cocina.

—¡Ya, ya!—me respondió la criada.—Todo el mundo se queja de lo mismo.

—Pienso en los que no tienen casa y siento el hielo en los huesos,—exclamé pensando en alta voz.

—¡Bien triste es!—dijo á su vez la cocinera, poniéndose en puntillas para colocar en el vasar una fuente que acababa de secar.—Pero ¡qué le vamos á hacer! ¡Si hubiéramos de socorrerlos á todos!

* * *

Frente á mi mesa hay una chimenea acabada de encender. Las llamas se alzan temblando al impulso de la vigorosa corriente que huye por el tubo empotrado en la pared. A veces remedan, con sus contornos vacilantes, tembladoras lenguas de reptil, esas lenguas fascinadoras que aturden é inmovilizan al pajarillo y detienen la atención del zoólogo ante el fenómeno sorprendente de la sugestión animal. A veces toman el aspecto de hojas de cardo, destacándose sobre el fondo ennegrecido. Ya se alargan formando flámigeras espadas, esgrimidas por manos invisibles; ya se extienden sobre las carbonizadas superficies, como si por entre las fibras crujientes se escapara el *espíritu ígneo* de sus moléculas. De vez en cuando saltan fragmentos encendidos que en el aire se dividen y subdividen con un chisporrotear alegre, determinando las quebradas trayectorias combinaciones luminosas que enloquecerían á un pirotécnico.

Pasó la llamarada grande que las astillas fomentaban. Los tizonés descansan sobre un lecho de ascuas, cuyos tonos rojizos se apagan, transparentándose á través de la ceniza que va cubriendo. Exhalaciones azuladas corren por el lomo de los leños, se reúnen en hacecillos, se retuercen, se trenzan y bailan ante mis ojos deslumbrados por sus intensos fulgores.

Poco á poco se ha ido dulcificando la atmósfera. El calor ha ido extendiendo por ella sus ondas invisibles, que confortan en este día, crudo como pocos.

¿Y los que no tienen casa? Nada. ¡El pícaro frío que esta idea me despierta vuelvo á sentirlo en los huesos!

* * *

—Y ¡qué le hemos de hacer! ¡Si fuéramos á socorrerlos á todos!...

Eso dice mi cocinera. Si fuéramos á socorrerlos á todos, nos quedaríamos sin nada. Habríamos aumentado el número de los que carecen de lo más indispensable, y nada más. Eso es lo que piensa, lo que no acabó de decir. Hasta tal punto considera axiomático su aserto.

Pero una verdad no es toda la verdad. Ante las privaciones de los necesitados, ella no ve otro remedio que la misericordia, la caridad, *el socorro* de los demás. Y hace constar que nuestro esfuerzo en este sentido no basta para remediar el mal. Hasta aquí me parece que está á la altura de cualquier pensador, aunque ignore que exista la filosofía. Esta es algo así como una *ciencia oculta* para ella. Lo cual, como se ve, no le impide filosofar á su modo mientras seca las fuentes y los platos. Le sucede lo que al personaje aquel que hablaba en prosa sin saberlo. Y ¡qué prosa la de mi sirvienta! La pobre mujer habla y trabaja, desconociendo la trascendencia de lo que dice cuando habla y de lo que hace cuando trabaja.

¡Pensar! ¡Trabajar! estas dos ideas, á veces separadas y distintas, á veces compenetrándose y confundiéndose, me revolotean por la imaginación al zumbido de sus palabras:

—¡Qué le vamos á hacer! ¡Si hubiéramos de socorrerlos á todos!...

* * *

Hacia el centro de las brasas y los leños, convergen las llamas, formando como una pirámide. Es la forma á que más se parece la que toman en este momento sus ondulaciones agitadas.

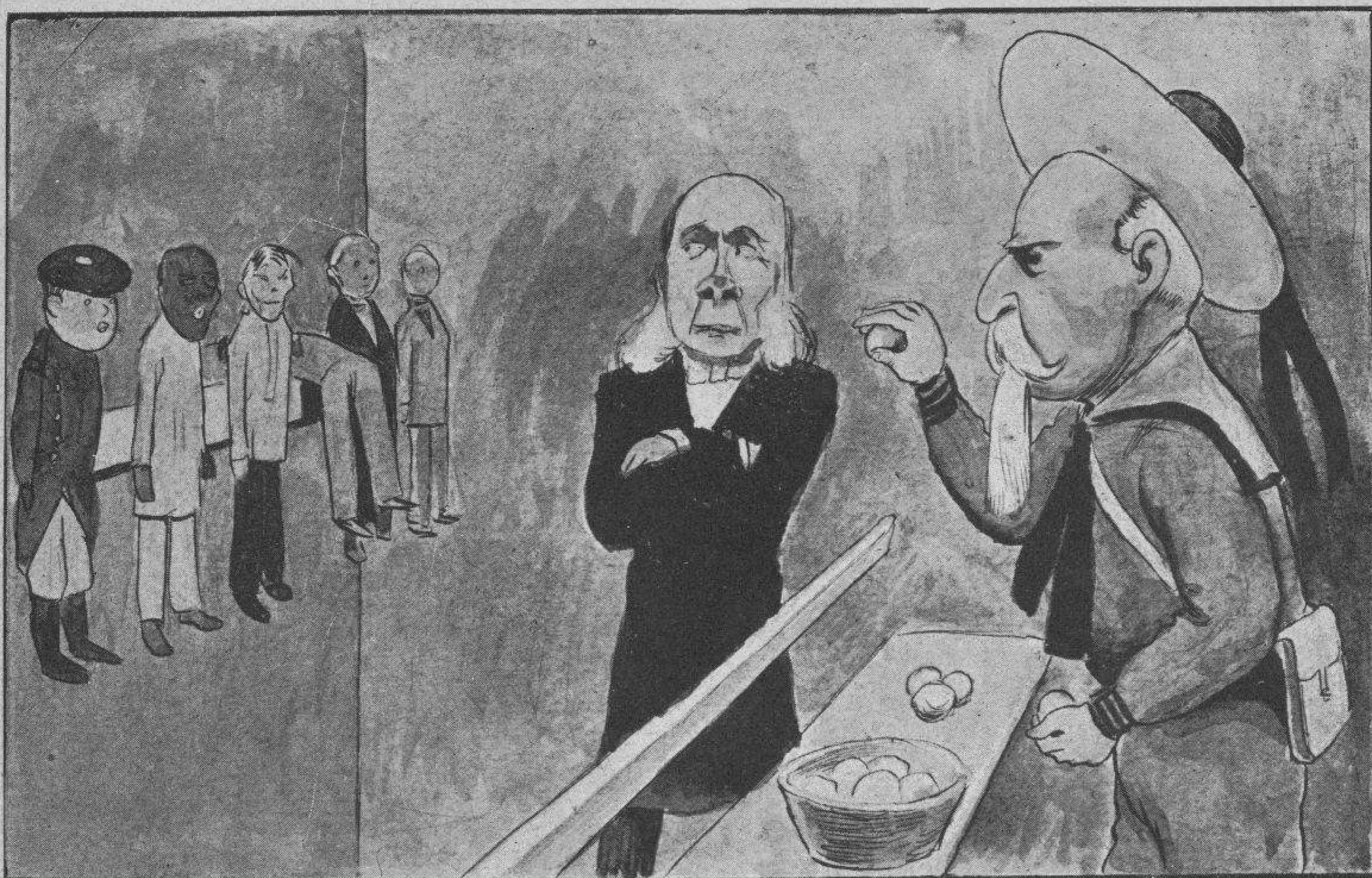
Y por sugestión, sin duda, á la manera de una pirámide me imagino la sociedad.

De ordinario, sus cimientos permanecen ocultos para los mismos que la forman. Asoman sólo cuando la furia de los elementos socava un poco el terreno en torno suyo. Entonces la masa se asusta á la idea de un crujido. Las clases poderosas que forman la

J. CABANELLAS



Tocando el piano



— Quítese usted de enmedio, señor yankee, que si no, sería fácil que le diera con la pelota en las narices

base, como sienten más de cerca el susto, terraplenan las zanjas y rellenan los huecos, á veces con barro ensangrentado.

¿A quiénes compadecer? ¿A quiénes envidiar? ¿A los que forman la base? Sobre ellos pesa todo. Con el oído pegado al suelo, les acomete á cada paso la pesadilla de las trepidaciones sísmicas. Cuando levantan la cabeza y ven sobre ellos la masa enorme, sienten vacilar la pirámide entera, y á la idea de ser aplastado por una ruina total, el sueño huye de sus párpados. Miremos al vértice. En él, desafiando el viento y el frío, aparece una figura desarrapada. ¡Atención! Es *el golfo*, como se le llama en el *argot* madrileño. Es el desventurado que no tiene casa ni techo. Vive en la calle y duerme... en un *botijo*, cuando llueve, como decía uno de ellos. Le envidian los besugos que vienen desde la costa cantábrica en cajas de nieve, como aseguraba otro, hecho unas pascuas, después de pasar una *Nochebuena* cerrada en nieve, en el quicio de un portal de la plazuela del Carmen.

* * *

—¡Qué le hemos de hacer! ¡Si hubiéramos de socorrerlos á todos!—decía mi cocinera. ¡Pobre mujer! ¡Ella, como tantas otras cosas, ignora lo que significan los que no tienen nada! No sabe que para *el golfo* trabajamos en último término cuantos trabajamos en este mundo.

El agricultor que esconde la semilla en la tierra removida y multiplica sus frutos; el minero que entra con la pica en su escondrijo subterráneo, del cual salen en hilera las vagonetas cargadas de metal; el buzo que sondea las profundidades azuladas; el comerciante que transporta y esparce en todas direcciones lo que en cada punto y lugar produce la Naturaleza y elabora la industria; el hombre de ciencia que investiga y sorprende las leyes que en todas sus manifestaciones constituyen la vida; los artífices que las aplican y los artistas que difunden en cada belleza un bien, todos trabajan para él, que nada tiene, para *el golfo*.

El hecho de que no todos tengan conciencia clara de la finalidad trascendente de su labor personal no debilita en un ápice la exactitud de la afirmación.

Si preguntase á mi cocinera para qué se había encendido esta chimenea, respondería, de seguro, que para darme calor. ¡Torpe manera de decir las cosas! ¿No sería mucho más



— Me parece que aunque se junten las nubes, por ahora no habrá tormenta

exacto decir que las llamas ardían para templar el ambiente? Porque, al tiempo que á mí, dan su calor esas ígneas hojas de cardo á cuanto me rodea. Si lo que me rodea está helado, ¿qué fuego habrá que mitigue para mí el frío?

Lo que hay es que, como la pobre mujer no tiene el hábito de pensar *seguido*, no se ha dado aún cuenta de estas íntimas relaciones de convivencia que unen á los hombres. A su inteligencia tengo por seguro que, si ha llegado, disuelta en una salsa de desatinos, la idea de que la existencia es una *lucha*, se la imagina como una pelea entre los hombres semejante á la que sostienen varios perros hambrientos cuando se les arroja un solo hueso. La infeliz no sabe que la *lucha por la existencia* no se dirige *contra la existencia* del hombre, sino precisamente contra lo que la niega, así provenga de la naturaleza física como de la propia naturaleza humana; llámese frío, ó llámese maldad; llámese niebla, ó llámese error.

Pero ¿qué extraño es que lo ignore ella si en el mismo caso se hallan tantos, entre los que forman la base de la sociedad?

Sí. Todos trabajamos para los que nada tienen. Aunque ella misma no llegue á sospecharlo, tal vez el fósforo del lenguado que compró en la plazuela del Carmen y que, aderezado en filetes de un delicioso color de oro, me presentó en esa fuente que secaba cuando pasé por la cocina, tal vez ese fósforo es el que, actuando en mi cerebro, me ha impulsado á escribir estas líneas, al despertarme en el tibio calor de mi estudio, por lo penoso del contraste, la idea de los que fuera tiritan; al hacer deslizar ante mis ojos la silueta borrosa de *el golfo*.

Es justo que trabajemos todos por los que nada tienen. Sin ellos, ¿qué tendrían los que creen tenerlo todo?

Pero, al sentir que el frío aprieta como hoy cruel y duro, y al pensar en los que pasan la noche «en un botijo» cuando llueve; en aquellos á quienes cuando nieva «envidian los besugos que vienen entre hielo»; al pensar en ellos, ¿no es verdad que parece que trabajamos demasiado poco, que trabajamos con una desesperante lentitud?

F. DEGETAU Y GONZÁLEZ



Leo y corto de un semanario con pretensiones de literario:

«...Porque Juanín, el pobre, era ciego, y ciego de nacimiento».

Bueno; de nacimiento. ¿Se han enterado ustedes?

Y treinta ó cuarenta líneas más abajo:

«¡Sí! ¡era cierto! ¡El, Juanín, había recobrado la vista!...»

¿Recobrado? ¡Vive el cielo, que, ó yo no entiendo el castellano, ó no es posible recobrar sino lo que ya se ha tenido anteriormente!

¡Y si el chico era ciego de nacimiento!...

Díjome ayer Consuelito que estoy ya chocho y lo admito. Contra la razón no arguyo: me agrada un lindo palmito... y estoy chocho por el suyo.

L. LÓPEZ.

— Oye, Pepe, ¿qué has hecho del juego de botones que te regalé?

— Hombre... ¿no era un juego?

— Sí.

— Pues... lo jugué.

— ¿Apuestas — me dijo Antero — que antes que tú tengo coche? ¡Hicimos la apuesta anoche y hoy se ha metido á cochero!

— Manotada es el golpe que se da con la mano ¿no es verdad?

— Sí, señor.

— Y puñada es el golpe que se da con el puño, ¿no es cierto?

— Ciertísimo.

— Y patada el golpe que se da con la pata. ¿Es exacto?

— Exactísimo.

— Entonces, bofetada...

— Es el golpe que se da con los bofes. ¡Naturalmente!

— ¿Pero es cierto que Luís ha muerto? — No lo creo; porque él todo me lo escribe y no me hubiera ocultado una noticia de tanta importancia.

— ¡Hombre, parece mentira que su tío de us-

ted, siendo un millonario, sea tan avaro! ¡Creo que nunca le da á usted nada...

— Sí, señor; siempre me ha dado... ¡lástima!

Se casó Juan Arañó con la viuda de Lamaña. ¡Y la viuda es la que araña pero el pobre Arañó, no!

Correspondencia

J. B.—Sevilla.—Pues... sucede que en las composiciones amorosas, de lo bueno á lo cursi no hay más que un paso. Que es el que ha dado usted precisamente... y usted perdone el modo de señalar.

J. B.—Calatayud.—La anterior no estaba mal; por eso la publiqué. Esta... le ha salido á usted un poquito desigual.

F. J. E.—Barcelona.—Está bien versificada y tiene gracia. De modo que la publicaría... si razones de índole muy especial no me lo impidieran. Porque se han dado aquí ciertos pasos para que desprestigiemos á alguna Academia en provecho de otra... y no es ese el camino, ni es esa nuestra misión sobre la tierra.

Moriente.—¡Válgate Dios por los muchachos sosos, que quieren sentar plaza de graciosos!

Cachondo.—Muy bonita. Venga la firma.

El Chacho malo.—Lo mismo digo, hidalgo.

Marcial Ito.—Y siento no poderle decir á usted lo mismo. Entre otras razones, porque esas composiciones con caída final están, hace tiempo mandadas recoger.

Nota.—Las cartas que recibimos son muchas y el espacio de que disponemos para contestar es poco. Digo esto para que no se impacienten los señores que, habiendo remitido composiciones, vean que no les contestamos á vuelta de correo, como quien dice. Podremos tardar más ó menos, pero buena ó mala, corta ó larga, aquí damos siempre contestación á todo el mundo.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año 11 >
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 >

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona